

reducían a tal o cual reprensión moderada, cuando por pereza o por malicia incurría en alguna falta; el viejo no pudo verla sin sentir fermentar en su cuerpo ca- duco, el limo impu- ro de sus inundadas y mal apagadas pa-

algo tardía, no allanó sino en el día siguiente la casa criminal, y encon- tró allí la niña seducida. Ella y sus alcahuetes confesa- ron por lo pronto la verdad, y en con- secuencia la ence- rraron en una casa de corrección,

previa la sección de dos no tan buenas trenzas de pelo, que no son de uniforme en el establecimien- to. El viejo, como los de Susana, iba a recibir el castigo de su impudicia... cuando la justicia china que, según cuentan, suele ser

no tan honrosos. En frente de su ca- sa vivía, por des- gracia, una mucha- cha de tierna edad, bien de cara bonita, bien vestida y bastante feliz en su condi- ción humilde de sirviente, pues sus oficios eran pocos y sus pesares se

consumía en un fuego impúdico. Entonces su oro, ganado con su adu- lación y su hipocresía, fue prodi- gado para corrom- per a dos sirvientes compañeros de la niña, y por medio de su detestable al- cahuetería logró, infame más que un

ladrón, introducir- se de noche varias veces en una casa respetable, y robar por fin su víctima. A pocos días recibió de sirvientes a los mismo dos alca- huetes, e hizo regar por uno de ellos la noticia de que había encontrado a diez leguas de Atogob la

6

PASAJE CHINESCO

*Publicado en Bogotá,
domingo 10 de enero de 1847.*

El acontecimiento ocurrido en Oaxaca mientras Don Romualdo des- cansaba allí de sus erranzas, nos ha traído a la memoria

EDICIONES §
DOSIS MÍNIMA

dosisminima.org

de Acramandnuc, en Adanarg la nueva. Había en Atogob en aquel tiempo un viejezuelo de mala traza, quien des- pues de haber andado errante y pelado por muchas tierras, encontró por fin allí modos de subsistir, aunque

otro más curioso y auténtico que pasó exactamente en el mismo tiempo, aunque a bastante distancia del primer lugar; pues el Duende visitaba entonces el inmenso imperio chino- co y se encontraba en la ciudad de Atogob, provincia

muy injusta, sus- pendió de repente su acción; y el Duende, que tenía precisión de mar- char, no pudo co- nocer el fin de la historia; pero allá dejó sus correspon- sales y promete imponer de él a sus lectores tan luego como un buque

chino arribe a nues- tras costas.

Esto sucedió a fi- nes del noveno mes del año 6481 de la era de los chinos. El vie- jecillo se llamaba por mal nombre IJA. La muchacha Serolod, y el mandarín Odnan- ref Odecyac, con su acólito Oigolue Olam.

lupanar de la mujer perdida, a quien el viejo había confia- do la alhaja, y en donde, por una gratificación de tres pesos semanales y algunos regalos en ropa, le imponía el suplicio de sus añe- jas y asquerosas ca- ricias. La policía,

niña, que se iba con una familia para el campo. Estos dos pasos imprudentes no podían dejar du- da sobre el raptor. Un ojo vigilante no le perdió de vista, hasta que sus pro- pias huellas lo lle- varon a las diez de la noche hasta el

siones; y no aho- rró medios para conseguir su in- tento perverso. Se- ñas, gestos apasio- nados, cartas pru- dentemente carga- das de algún metal para que volaran más seguras de uno a otro balcón, pro- mesas de amor y de

plata, sentimientos de ver en la servi- dumbre a la que merecía ser rodea- da de tan delicadas atenciones como una princesa, etc. Pero la muchacha, contenta con suer- te, resistía estas pérfidas insinuacio- nes y el viejo se